

ACERCA DEL ENCUADRE, LA PERCEPCIÓN Y LA VIOLENCIA

Juan Jorge Faundes Merino (14 de noviembre de 2019, Santiago de Chile, La Voz Libre)

El «encuadre» en fotografía, pintura, videos y artes visuales en general selecciona una parte de la realidad y la ofrece al observador aislada de su contexto, del campo visual, del paisaje en el que se inserta. Así, podemos ver en apariencia sólo un edificio, pero sin tener idea de dónde está ni de qué edificio se trata.



Como el encuadre de aquellos ojos, que pueden revelarnos algo de la persona a la que pertenecen, quizás su edad, tal vez su emoción, pero nada de su sexo, ni de su género, ni de su profesión o actividad, ni de las circunstancias en las que se encuentra.



En torno a estos ojos podemos imaginar el personaje y la historia que más nos apetezca.

Al ampliar el «encuadre», el campo de visión, vemos que en realidad se trata de Lemebel, en la FILSA, mostrando un libro, mi antología de poesía revolucionaria.



Nuestra percepción de la realidad, lo que muestra el encuadre más el contexto que le imaginamos producto de nuestras experiencias y creencias, es decir, el «presente social de referencia» que creamos en el interior de nuestra mente, depende en gran medida de los encuadres de «realidad» que nos muestran los medios, en particular la TV.



Al encuadre, se suma lo que Roland Barthes llamó la «función de anclaje», es decir, un texto que elimina toda ambigüedad en la interpretación de la imagen y la acota a un sentido: «paro general = saqueos, violencia, vandalismo»:



Los vídeos de una marcha que publiqué en Facebook el martes 12, el día del Paro General, corresponden a unas dos horas de caminata entre las 19:00 y las 21:00 desde Plaza Italia hacia el Oriente, hasta el Costanera Center.



Unas cinco mil personas siguiendo a una banda de músicos. Hubo cantos, baile, ninguna piedra, ninguna barricada, ninguna fogata, ningún encapuchado. Aplausos y saludos desde las ventanas de

los edificios, sólo algunas pifias ante los dos piquetes de carabineros que custodiaban el Costanera. Y todo terminó encendiendo las luces de los celulares al caer la tarde. Y luego se disolvió. En paz. Sin ningún incidente.

Momentos antes, la TV mostraba la concentración de Plaza Italia en toda su multitudinaria amplitud. ¿Ochenta mil? ¿Cien mil? Ningún desmán.



(Fotografía: <https://media.biobiochile.cl/wp-content/uploads/2019/11/plaza-baquedano.png>)

A partir de las 18:00 aprox., la TV se enfocó en el humo de una barricada de avenida Vicuña Mackenna alimentada con el mobiliario de un restaurante y el incendio consiguiente en un edificio...



(Fotografía. https://pbs.twimg.com/media/EJM_v_nXUAAgTnj?format=jpg&name=small)

Pero ello estaba circunscrito a un «sector» y a «un tiempo». Igual que otros focos violentos circunscritos espacial y temporalmente, como los saqueos e incendios originados por grupos

minoritarios en relación con la gran mayoría. Ello ha sido un patrón en todas las marchas y concentraciones.

En este patrón de «zonas y momentos» de violencia, se incluye también la de carabineros que irrumpen contra manifestantes pacíficos con fuerza desproporcionada: los daños oculares a doscientas personas en tres semanas de protestas no se han visto en otros países con crisis semejantes, ni la veintena de muertos ni los miles de heridos. También la irrupción dentro de las casas en las poblaciones, las detenciones dentro de los domicilios, el apaleo a detenidos, la detención y maltrato a niños, como denunció la Defensora de la Niñez.

Reitero: ambas violencias, la de anarcos y lumpen (que se pueden histórica y moralmente comprender, pero que políticamente corresponde repudiar por funcionales a la criminalización de las movilizaciones) y la violencia de provocadores infiltrados, así como la represiva que viola los derechos humanos, se circunscriben a sectores y momentos específicos.

Sin embargo, los encuadres de la TV y de los diarios magnifican y generalizan los desmanes, barricadas, incendios y la gran panorámica de la protesta pacífica desaparece; y el largo plano-secuencia de la marcha pacífica desaparece. La panorámica espacio-temporal del gran Santiago es tranquila, casi todo funciona: comercios, cafés, restaurantes, oficinas públicas y privadas, salvo en los espacios y horas de violencia, y excepto el daño en bienes públicos que permanece: como el de los semáforos, o el del transporte público.

Este jueves 14 entre las 11:00 y las 13:00 hice el mismo recorrido de la marcha del martes 12. La gente iba y venía en sus trajines diarios, lo único que diferenciaba el paisaje de la «normalidad» eran los bancos y supermercados con sus blindajes metálicos anti-saqueos, pero atendiendo a sus clientes, así como operaban los centros comerciales, inclusive el Costanera Center, y los pequeños comercios.

Es cierto, no todo es Jauja. Hay comunas con zonas y tiempos de violencia más extensos. Pero Santiago no es una ciudad «bombardeada» y al filo del colapso como muestran los encuadres de los medios, en particular la TV, y como quiere hacer creer el gobierno.

La imagen de una ciudad en guerra es falsa y funcional a quienes buscan mayor represión, criminalización de la protesta, atemorizar a los sectores medios y también funcional a la ultraderecha que busca una nueva dictadura militar.-

Fuentes:

Roland Barthes, Retórica de la imagen.

Teun A. Van Dijk, Análisis crítico del discurso.

Robert Escarpit, Teoría de la información y práctica política.

Norbert Wiener, Cibernética y Sociedad.

El encuadre fotográfico: Cfr.: <https://hipertextual.com/archivo/2010/11/encuadre-fotografico/>